

## LA RISA Y EL LLANTO

De entre todas las grandes obras del teatro español del siglo XX, *La señorita de Trevélez*, de Carlos Arniches, es una de las más incomprendidas; precisamente porque, al presentarse con el disfraz de la comedia, parece mucho más simple de lo que es. Sucede a menudo: la pomposa tradición académica lleva siglos infravalorando, o incluso despreciando, lo cómico frente a lo trágico, incapaz, al parecer, de entender, que ambas cosas son caras opuestas de una misma moneda y que por tanto su importancia es exactamente la misma.

*La señorita* es un texto descacharrante. En él, unos cuantos zánganos de provincias, sin más motivo que el puro hastío vital, deciden burlarse de un compañero suyo y de la propia señorita del título, una mujer poco agraciada y profundamente infeliz, forzando, entre ellos, un romance inexistente y no deseado. Los personajes son estrafalarios, sus diálogos hilarantes y las situaciones festivas van encadenándose una detrás de otra a un ritmo trepidante. Dicho de otro modo: los espectadores se lo pasan fenomenal viendo la obra. Ya se sabe que, según la modernidad, éste es un pecado gravísimo. El arte o, como ellos dicen, (confundiendo no ya churras con merinas, sino ovejas con ovillejos) la Cultura, deben ser solemnes y sufrientes, pero divertidos, ¡Jamás! ¡Hasta ahí podíamos llegar! Y si además se hace para jóvenes hay que llenarlo todo de moralina y buenas intenciones, para ir moldeando los cerebros de los adolescentes y que se conviertan lo antes posible en fieles domésticos del sistema. Pero sucede que según avanza la obra, sin dejar nunca de reírse, pero también sin ser sometido a sermón alguno, el espectador va descubriendo que aquello que se cuenta allí no es en absoluto superficial; que Arniches está colocando, entre risas y risas, reflexiones explosivas sobre la forma en que funciona nuestra sociedad. Digo, y subrayo, *nuestra*, y no la suya. Y es que, aunque el texto se escribió hace un siglo, las taras que allí se señalan siguen tristemente vigentes.

Porque esto de reírse públicamente de las desgracias o de las diferencias ajenas, y de acosar al más desvalido como forma de entretenimiento, ¿no es algo a lo que asistimos diariamente en los institutos o en las redes sociales? La obsesión actual por "tener experiencias", promovida y alimentada por la publicidad y por las ficciones contemporáneas, ¿no es, acaso, la máxima expresión de la sociedad del tedio que nos muestra Arniches? La decepción sistemática que invariablemente acompaña a dicha corriente, con su catarata de suicidios y de personas medicadas con ansiolíticos, ¿no es el resultado final de semejante patraña? Toda esta violencia irracional que vemos cotidianamente, ¿de qué pozos de frustración nace? Este mundo del poliamor

y de las relaciones fluídas, ¿qué mejora real ha traído a las relaciones entre los seres humanos, si a la larga se reproducen en él, multiplicados, todos los errores de la sexualidad convencional? *La señorita de Trevélez*, sin dejar de ser divertida, y esto es lo prodigioso, nos explica que la realidad está constituida por personas que aspiran a la felicidad desde la ficción porque no saben hacerlo desde ningún otro lugar, y de bárbaros que destruyen todo a su paso porque esa es la única forma de anestesia que les funciona.

Y así como hemos leído, al final lloramos, sin que haya contradicción alguna entre una cosa y otra. Nos hemos dado cuenta de que, si bien a todos nos ha tocado, en alguna ocasión, ser la señorita, también todos hemos actuado en algún momento como los energúmenos que le destrozan la vida. Y en eso consiste el teatro: en reaprender a mirarnos, sin miedo, a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, para *cambiar* de verdad y hacer una sociedad mejor. Mira por dónde, es también ésa la función de la educación, en su más alto y noble sentido.

**Ignacio García May, octubre 2024**